

ELECTRA

Sófocles

ARGUMENTO

Al regresar de la Guerra de Troya, Agamenón es recibido en Micenas por su esposa Clitemnestra quien lo asesina de forma ignominiosa. Castigaba de este modo a su marido por haberse atrevido a sacrificar a la hija de ambos Ifigenia, a fin de que la flota griega pudiera partir rumbo a Troya.

DRAMATIS PERSONAE

(por orden de aparición)

Preceptor
Orestes
Electra
Coro
Corifeo
Clitemnestra
Crisóstemis
Egisto

La acción se desarrolla en Micenas, ante el palacio de los Pelópidas, en el Ágora, con altares. Es la hora del amanecer. Entran el Preceptor y Orestes.

ESCENA PRIMERA

PRECEPTOR.- ¡Oh hijo de Agamenón, el que fue general de Troya! Hoy puedes contemplar ante ti el lugar que tantas veces anhelas volver a ver. Orestes, hemos llegado a Micenas, la rica. Aquí está el palacio, fecundo en desgracias, de los Pelópidas. En él fue donde, después del asesinato de tu padre, te recibí de manos de tu hermana. Me hice cargo de ti y te he criado hasta la vigorosa edad a que has llegado, para ser el vengador de la muerte de tu padre. Ahora, pues, hemos de decidir lo que vamos a hacer y cuanto antes. Antes de que salga nadie del palacio, pongámonos de acuerdo; estamos en un momento en el que no debe haber lugar a indecisiones: es el instante preciso de la acción.

ORESTES.- ¡Oh, tú, el más querido de los servidores! Bien demuestras tus sentimientos generosos hacia mí. Te confiaré, pues, mis planes. Cuando fui a consultar el oráculo pítico, para saber de qué modo castigaría a los asesinos de mi padre, Febo me dio la contestación: “Solo, sin armas, sin soldados, astutamente, por sorpresa, perpetra con tu propia mano las justas muertes”.

(Al Preceptor) Entrarás tú primero en el palacio, cuando la ocasión te lo permita; te enterarás de cuanto en él ocurre, de modo que puedas informarte. No hay miedo de que puedan reconocerte después de tanto tiempo, ni siquiera sospecharán quién eres. Les dirás que eres un extranjero que llega de Fócida. Júrales que Orestes ha muerto en un accidente, despedido de su carro en los Juegos Píticos. Tales deben ser tus palabras, que adornarás con toda clase de detalles. Yo derramaré sobre la tumba de mi padre libaciones y volveré aquí trayendo en las manos una urna. Así les engañaremos con la noticia, para ellos agradable, de que mi cuerpo no existe, que ha sido quemado y reducido a cenizas. ¡Tierra patria, dioses de mi país, recibidme propicios y dad a mi retorno un éxito feliz; haz tú lo mismo, palacio de mis padres, pues enviado por los dioses vengo en nombre de la justicia a purificarte! ¡No permitáis que salga deshonorado de este país; por el contrario, haced que pueda recobrar mi antigua riqueza y ser el restaurador de mi Casa!

ELECTRA (off).- ¡Ay de mí! ¡Qué infortunada soy!

PRECEPTOR.- Me parece haber oído a una sirvienta que se lamenta.

ORESTES.- ¿Será la desgraciada Electra? ¿Quieres que nos quedemos aquí y escuchemos sus quejas?

PRECEPTOR.- De ningún modo. Lo primero es dedicar todos nuestros esfuerzos a cumplir las órdenes de Apolo, y por tanto debemos ir a ofrecer las libaciones a tu padre, pues esto ha de ser lo que va a poner en nuestras manos la victoria y asegurará el éxito de nuestra empresa. *(Salen los dos)*

ESCENA SEGUNDA

ELECTRA.- *(Entra Electra)* ¡Luz sagrada, aire que envuelves la Tierra, cuántas veces me habéis oído doloridos cantos y escuchado los golpes que he descargado sobre mi pecho angustiado cuando se desvanece la noche oscura! Mientras ésta dura, el lecho miserable que ocupo en este palacio odiado sabe cómo me lamento por la suerte de mi desgraciado padre, a quien mi madre y su adúltero galán, Egisto, abrieron la cabeza con el hacha, cual leñadores hacen con el roble. Y nadie más que yo en el palacio, llora este crimen, que te hizo sucumbir a ti, padre mío, de un modo tan deplorable. Y no cesaré en mis lamentos y en

mis amargas quejas, en tanto vea los rayos luminosos de las estrellas y esta claridad del día; no cesaré, como el ruiseñor que perdió a sus hijuelos, de lanzar gemidos ante la puerta del palacio, como un eco en presencia de todos.

¡Augustas hijas de los dioses, Erinias, venid, socorredme, vengad la muerte de mi padre y enviadme a mi hermano, pues sola no tengo fuerza para aguantar el peso de esta angustia que me oprime!

(Con las últimas palabras entra el CORO, compuesto de ocho mujeres)

CORO 1.- ¡Oh, Electra, hija de funesta madre!

CORO 2.- ¿Por qué, incansable, lanzas tus lamentos incesantes por la suerte de aquel Agamenón que, preso por los lazos de tu madre, fue asesinado traidoramente por la mano de un cobarde?

CORO 3.- ¡Que perezca el autor de este crimen, si me está permitido desearlo!

ELECTRA.- Hijas de nobles padres, que habéis venido a consolarme en mis penas. Lo sé y lo comprendo; sin embargo, no quiero dejar de llorar a mi desgraciado padre. Por tanto, vosotras que me demostráis vuestra amistad con tantas pruebas, dejadme, os lo ruego, que me entregue al desvarío de mi pesar.

CORO 4.- Pero nunca del Hades, laguna que a todos nos espera, harás salir a tu padre ni con sollozos ni con plegarias.

CORO 5.- Excediéndote más allá de lo debido, para entregarte a un dolor irremediable, te vas consumiendo en lamentaciones interminables en las que no encuentras ningún alivio a tus males.

CORO 6.- ¿Por qué deseas sufrir?

ELECTRA.- ¡Insensato es el que olvida la muerte lastimosa de sus padres!

CORO 7.- No eres tú, hija mía, la única entre los mortales para quien el dolor existe.

CORO 8.- Tú te encolerizas y te indignas más que todos los moradores del palacio.

CORIFEO.- Mira cómo vive Orestes, feliz en su juventud y ahora desgraciado, al que la tierra ilustre de Micenas, suelo de apátridas, acogerá algún día, cuando venga a esta tierra bajo la protección benévola de Zeus.

ELECTRA.-Lo espero sin cesar, desventurada, sin hijos, sin esposo, siempre errante, bañada en lágrimas, sumida en un cúmulo de males. Y él se olvida de mis sufrimientos y de mis mensajes. ¿Cuántas noticias, no he recibido, falsas todas y desmentidas por los hechos? ¡Que siempre añora volver, que siempre está anhelándolo, pero no se digna aparecer!

CORO 1.- ¡Valor hija mía! Todavía es poderoso en el cielo Zeus, que lo ve todo, que todo lo gobierna.

CORO 2.-Confíale tu doloroso deseo de venganza, y no desesperes más de lo debido odiando a tus enemigos, sin que por ello los echés en el olvido.

CORO 3.-Cronos, dios del Tiempo, es un dios complaciente: en las riberas de Crisa, donde pastan los bueyes, el hijo de Agamenón no te olvida, ni tampoco el dios que reina en el Aqueronte.

ELECTRA.- *(Apasionada.)* Pero la mayor parte de mi vida ha transcurrido sin lograr mis esperanzas, y mis fuerzas se agotan; me consumo, privada de parientes, sin un amigo que me apoye. Como una extranjera que no tiene derechos, hago oficios de sirvienta en el palacio de mi padre, vestida indignamente, como veis, y manteniéndome de pie junto a las mesas vacías.

CORO 4.-Lastimero grito se oyó al regreso de tu padre; lastimero fue el grito que se oyó en el lecho del festín, al descargar sobre él, certero, el golpe del hacha de bronce.

CORO 5.-La traición había sido la consejera; el amor fue el asesino: traición y amor concibieron el horrible crimen, que un dios o un mortal ejecutó.

ELECTRA.-Fue el día más amargo para mí. ¡Desgracia espantosa del festín nefando, en que mi padre vio llegar la muerte que sobre él descargarán dos manos cómplices: manos que han esclavizado mi vida, que me han perdido!

CORO 6.-Piensa y modera tus lamentos. ¿Es que no recuerdas lo que te ha traído a la innmerecida y triste situación en que te hallas?

CORO 7.- Tu resentimiento será tu perdición.

CORO 8.-Tú misma en ella te has precipitado en parte, con tus incesantes disputas; que no conviene provocar querellas con los que son más poderosos.

ELECTRA.- ¡Ha sido la desgracia, la que me obligó a ello! Me arrebató, lo reconozco, lo sé; sin embargo, no pondré término a mis dolorosos quejidos mientras viva. Queridas amigas, ¿de quién escucharé un consuelo? ¡Dejadme! Los males como los míos son incurables; jamás veré el fin de mis sufrimientos y jamás cesaré en mis lamentos.

CORIFEO.-Pero por amistad te aconsejo, como una madre abnegada, que no procedas de modo que de tu desgracia nazcan otras calamidades.

ELECTRA.-Pero, ¿qué medida hay para mi dolor? ¿Cómo podía ser justo, decidme, olvidar a los muertos? ¿En qué corazón humano puede brotar tal sentimiento? No quisiera ser honrada por esas gentes, ni gozar en paz de la dicha si se me concede, si no me acuerdo de rendir a mi padre el honor que le es debido. Pues si el muerto yace bajo tierra, convertido en polvo y no son castigados debidamente los asesinos, la virtud y la piedad deben perecer entre los mortales.

CORIFEO.-Hija mía, movida por tu interés, como si fuera mío, he llegado aquí, si no apruebas mis consejos, tuya es la victoria: todas a una te seguiremos.

ELECTRA.-Me sonroja, mujeres, parecer que mis lamentos sean exagerados; pero el estado violento en que vivo me obliga a comportarme así, perdonadme. ¿Cualquier mujer bien nacida, no haría lo mismo que yo cuando estoy viendo que la ignominia de mi casa, lejos de disminuir, se agranda sin cesar ante mis propios ojos? En primer lugar, mi madre, se ha convertido en mi peor enemiga; luego tengo que convivir en mi propio hogar con los mismos asesinos de mi padre; ellos mandan en mí, me dan o quitan lo que necesito. Además, ¿qué días creéis que vivo cuando veo a Egisto sentado sobre el trono de mi padre?, cuando veo que lleva las mismas vestiduras que mi padre llevaba, y que hace las libaciones domésticas en el mismo sitio en que a él le

asesinaron, y cuando veo, en fin, como colmo de suprema insolencia, en el lecho de mi padre al que lo mató, con mi mísera madre, si tal nombre merece la que se acuesta con ese hombre. Yo, desgraciada, viendo esto en palacio, lloro, me consumo y me lamento sola y a escondidas; y mi madre me injuria y me insulta diciéndome:

CLITEMNESTRA.- (Off) “Peste odiosa, impía, ¿es que eres tú la única que has perdido a un padre? ¿No hay otras que han sufrido la misma desgracia? ¡Ojalá te mueras, y que tus llantos no cesen nunca en la morada de los dioses infernales”

ELECTRA.-Éste es el tono de sus insultos; menos cuando oye decir a alguien que Orestes va a volver; entonces, fuera de sí, me lanza en plena cara:

CLITEMNESTRA.(Off) “¿No tienes tú la culpa de toda mi desgracia? ¿No fue obra tuya el quitarme a Orestes de las manos para ponerlo en lugar seguro? Mas no olvides que por ello serás castigada como te mereces”

ELECTRA.-Tales son sus indignas palabras, y mientras, su ilustre esposo, que presencia tales escenas, le azuza en su cólera. Y yo, siempre esperando que vuelva Orestes para poner fin a mis males, me consumo y ante sus continuos retrasos se van desvaneciendo mis esperanzas. En tal situación, amigas mías, no soy capaz de moderarme, porque cuando el daño es grande, se ve una obligada a obrar mal aun sin quererlo.

CORIFEO.-Dime, ¿nos cuentas todo esto estando Egisto en casa o fuera de ella?

ELECTRA.-Ha salido. No creas que yo podría estar aquí fuera si estuviese él en palacio. Está en el campo.

CORIFEO.-Entonces, si así es, podremos hablar con más confianza.

ELECTRA.-Pregunta lo que quieras.

CORIFEO.-En primer lugar te pregunto: ¿crees que tu hermano va a venir?, ¿crees que te ayudará aún? Quisiera saberlo.

ELECTRA. Anunciada tiene su llegada; a pesar de ello, no hace nada de lo que dice.

CORIFEO.-Se suele dudar antes de emprender una tarea difícil.

ELECTRA.-Sin embargo, yo le salvé a él sin vacilar.

CORIFEO.-Ten, pues, confianza: él es noble y acudirá en ayuda de los suyos.

ELECTRA.-Tengo fe en él; de no haber sido así, no hubiera vivido tanto tiempo.

CORIFEO.-Ni una palabra más: veo que del palacio sale aquella que ha nacido de la misma madre y del mismo padre que tú, tu hermana Crisóstemis, trayendo en las manos ofrendas fúnebres como las que se acostumbra a hacer a los muertos.

ESCENA TERCERA

CRISÓSTEMIS.- ¿Qué lamentos son esos, hermana? Pasan los años y no quieres convencerte de que tu resentimiento es inútil. Yo sufro por lo que nos está pasando, y si tuviese valor para hacerlo, les demostraría mis sentimientos. Pero ahora, con tan malos vientos, tengo que navegar arriando las velas y no darles a entender que les hago daño. Ésta es la conducta que, aun siendo diferente de la tuya, quisiera yo que adoptaras. Cierto es que lo justo no está en lo que yo digo, sino más bien en lo que tú haces. Sin embargo, para vivir libre, me es preciso obedecer a nuestros tiranos.

ELECTRA.-¡Qué triste es que siendo hija de Agamenón, te olvides de él, para no pensar más que en la que te trajo al mundo! Ella te ha dictado todos esos consejos que me das; ninguno sale de ti. Pues bien, escoge una de estas dos cosas; o has perdido la razón, o, si la tienes, te has olvidado de los tuyos. Decías que, si tuvieras fuerzas mostrarías el odio que sientes por ellos, y sin embargo, cuando yo hago todo para vengar a nuestro padre, tú no sólo no me ayudas en nada, sino que haces lo que puedes para disuadirme de mi empeño. Tú que, según dices, tanto los odias, los odias solo de palabra; en realidad, estás con los asesinos de tu padre. Tu cobardía es patente a los ojos de todos, ya que has traicionado a tu difunto padre y a tus amigos.

CORIFEO.-Lo que decís os sería provechoso a una y a otra si tú te inspirases en sus palabras y ella a su vez en las tuyas.

CRISÓSTEMIS.- Yo, amigas mías, conozco bien su lenguaje; nunca hubiese dicho una palabra si no me hubiera enterado de que le amenaza una gran desgracia que pondrá fin a todas sus lamentaciones.

ELECTRA.-Habla, di de una vez qué terrible desgracia es ésa. Si me descubres una mayor que la que sufro, no tendré nada que decir.

CRISÓSTEMIS.-Te diré todo lo que se. Ellos, si no cesas en tus lamentaciones, te enviarán a un lugar donde jamás veas la luz del Sol; vivirás en una caverna lejos de este país, en donde podrás dar rienda suelta a tus lamentos. Así que reflexiona y no vayas luego a echarme la culpa si algo grave sucede: ha llegado, pues, el momento de ser razonable.

ELECTRA.- ¿Han decidido hacer eso conmigo?

CRISÓSTEMIS.-Sí; tan pronto como Egisto regrese a palacio.

ELECTRA. .Pues si es eso, que vuelva cuanto antes.

CRISÓSTEMIS.-Pero, ¿has perdido el juicio, desgraciada? **ELECTRA.**-Que venga Egisto, si tiene intención de hacer lo que dices.

CRISÓSTEMIS. -¿Qué mal quieres sufrir? ¿Estás loca? **ELECTRA.**-Espero huir de vosotros lo más lejos posible.

CRISÓSTEMIS.- ¿No estimas la vida?

ELECTRA.- ¡Buena vida la mía! ¡Como para que cualquiera la estime!

CRISÓSTEMIS.-Lo sería si fueses prudente.

ELECTRA.-No trates de enseñarme a ser traidora con mis amigos.

CRISÓSTEMIS.-Yo no te enseño eso, sino a obedecer a los que mandan.

ELECTRA.-Practica tú la adulación; esta no va con mi carácter.

CRISÓSTEMIS.-Sin embargo, no hay derecho a perecer por imprudencia.

ELECTRA.-Pereceré, si es necesario, vengando a nuestro padre.

CRISÓSTEMIS.-Nuestro padre, estoy segura, me perdona mi conducta.

ELECTRA.-Sólo los cobardes aprobarán tus palabras.

CRISÓSTEMIS.- ¿No quieres hacer caso de mis consejos?

ELECTRA.-No, ¡y que los dioses me libren de perder el juicio hasta ese punto!

CRISÓSTEMIS.-Me voy, pues, a donde me han enviado.

ELECTRA.- ¿Adónde vas? ¿A quién llevas esas ofrendas sagradas?

CRISÓSTEMIS.-Nuestra madre me ha enviado a derramar libaciones sobre la tumba de nuestro padre.

ELECTRA.- ¿Qué dices? ¿A la tumba de su mayor enemigo mortal?

CRISÓSTEMIS.-Al que mató con sus manos, ¿no es esto lo que quieres decir?

ELECTRA.-¿Qué amigo se lo aconsejó? ¿De quién ha partido la idea?

CRISÓSTEMIS.-El miedo que ha pasado esta noche, me figuro yo.

ELECTRA.- ¡Oh, dioses paternos, sedme por fin propicios!

CRISÓSTEMIS.- ¿Te inspira alguna confianza ese miedo?

ELECTRA.-Si me cuentas lo que ha soñado, te lo diré.

CRISÓSTEMIS.-Pero es que no sé nada; poca cosa tengo que contar.

ELECTRA.-Dime lo poco que sepas; muchas veces unas pocas palabras son suficientes para abatir o exaltar el ánimo.

CRISÓSTEMIS.-Se dice que ha visto que nuestro padre volvía a subir a la luz, y se dirigió hacia ella; que se apoderó del cetro, que antes llevaba él y ahora Egisto; lo clavó en el suelo y del cetro brotó un árbol robusto que cubrió con su sombra todo el suelo de Micenas. No sé nada más sino que me envía a causa de sus temores. En nombre pues, de los dioses de nuestra familia, te suplico que me obedezcas y no te pierdas por tu imprudencia; pues si me desatienes ahora, luego, en la desgracia, tendrás que venir a buscarme.

ELECTRA.-Querida hermana, no es lícito ni piadoso ofrecer a nuestro padre los presentes fúnebres de esa odiosa mujer y derramar sus libaciones. Tíralo todo o escóndelo bajo tierra, donde jamás pueda filtrarse hasta el lecho fúnebre de nuestro padre; que le sirva a ella cuando muera. Esa mujer le cortó las extremidades de los miembros, como si fuera un enemigo, y además se enjugó las manchas de sangre en la cabeza de la víctima. Hermana, cuanto te arrodilles ante el sepulcro de nuestro padre, pídele que su hijo Orestes, vuelva con su brazo victorioso y pisotee a sus adversarios para que en el futuro podamos adornar su tumba con más ricos presentes que los de hoy. Porque yo creo, que es él quien se ha cuidado de enviarle esos siniestros sueños. Por tanto, hermana mía, ayúdame y contribuye a nuestra venganza, la tuya y la mía, y la de nuestro padre, que está ahora bajo tierra.

CORIFEO.-Ha hablado piadosamente. Si eres razonable, amiga mía, harás lo que ella te dice.

CRISÓSTEMIS.- Lo haré como lo ordena, pues es justo. De lo que voy a hacer, no digáis, amigas mías, ni una palabra, en nombre de los dioses, pues si mi madre se entera de mi atrevimiento, yo correría un gran peligro. (*Abandona el palacio.*)

ESCENA CUARTA

CORO 1.-Si no soy una necia adivina, si la prudente razón no me ha abandonado, va a llegar la que nos ha enviado este presagio, trayendo en sus manos el triunfo de la Justicia.

CORO 2.-Va a llegar, hija mía, sin tardar mucho. Siento que se despierta en mí la confianza cuando oigo, como hace un momento, el relato de esos sueños favorables.

CORO 3.-Pues no olvida nada, tu padre el rey de los Helenos, ni tampoco olvida nada la antigua hacha de bronce de doble filo, que lo asesinó con su afrentoso y cruel golpe.

CORO 4.-Va a llegar con sus mil pies y sus mil manos la que, oculta, siempre está al acecho en terribles emboscadas, la infatigable Erina, de pies de plomo.

CORO 5.-Esos deseos de amores criminales adúlteros homicidas se han adueñado de los que no debían unirse.

CORO 6.-Tengo confianza en que ese presagio no será conocido por los asesinos y cómplices sin que tengan que deplorarlo.

CORO 7.-Los hombres no pueden leer el porvenir en los sueños ni en los oráculos si esta aparición nocturna no se realiza.

CORO 8.-¡Oh, carrera dolorosa la que hizo antaño Pélope! ¡Qué fuente de males has sido para este país!

ESCENA QUINTA

CLITEMNESTRA.- (*Entra, con unas ofrendas.*) ¿Aquí estás? Vagabundeando como siempre. Como Egisto, que es quien siempre te impide salir no está aquí, no me respetas, ni me haces caso. A pesar de que tantas veces, y a tantas gentes vienes repitiendo que te trato con dureza y con injusticia y hago escarnio de ti y de todo lo tuyo, no te tengo rencor; y si alguna vez soy violenta, es porque no paras de hablar mal de mí y me veo forzada a responderte. Pretendes, y ese es el único tema de tus agravios, que tu padre fue muerto por mi mano. Por mi mano, sí; es cierto, y no lo niego. Ese hombre, en efecto, tu padre, cuya suerte no cesas de lamentar, tuvo la crueldad de sacrificar a los dioses a tu propia hermana; no había sufrido tanto él en engendrarla como yo al parirla. Dime, pues, ¿por qué razón la sacrificó? Me dirás que fue en favor de los argivos; pero ¿qué derecho tenía él para matar a su hija? ¿Es que tu malvado padre había llegado a perder todo el amor que tenía a mis hijos? ¿No es acaso esto propio de un padre criminal e insensato? Tal es mi sentir, aunque pienses tú lo contrario, y mi hija que murió, también sería de mi parecer si fuese posible que recobrarla la voz. No tengo, pues, remordimientos de lo que he hecho, y si, según tú, no tengo razón, empieza tú por ser justa y entonces podrás acusar a los demás.

ELECTRA.-Esta vez no dirás que empecé yo a ultrajarte y que tú no has hecho más que contestarme. Pero, si me lo permites, te responderé como conviene, por mi padre muerto y por mi hermana.

CLITEMNESTRA.-Sea; te lo permito: si siempre utilizases este tono, no habrías sido ofendida por mis respuestas.

ELECTRA.-Pues bien, voy a hablarte. Acabas de reconocer que mataste a mi padre; ¿puede haber una confesión más afrentosa que ésta, lo hiciese con razón o sin ella? Ahora bien, te voy a demostrar que no lo mataste con justicia, sino inducida por sugestión del hombre criminal con quien convives hoy. Mi padre, contrariado y tras oponer resistencia, sacrificó, muy a pesar suyo, a su hija Ifigenia para calmar la ira de Artemisa y no por complacer a su hermano Menelao. Dime por qué cometes la acción tan vergonzosa de vivir con un malvado que te ayudó a matar a mi padre, le das hijos y destierras a los que ya tenías, aunque sean honrados y legítimos. ¿Cómo es posible que yo apruebe tu proceder? ¿Dirás que obras así para vengar a Ifigenia? Deberías avergonzarte, ya que es una infamia desposarse con un enemigo por causa de una hija. Pero ni siquiera es posible darte un consejo, porque en seguida gritas por todas partes que te injurio. Eres una tirana para mí, arrastro una vida entre injustos sufrimientos con los que continuamente me abrumáis tú y tu cómplice. Y entre tanto, en el destierro, después de haber escapado de tus manos, el desgraciado Orestes lleva una vida miserable. Y ahora, oído esto, publica ante todos, si así te place, que soy mala, violenta, desvergonzada; que si en todo esto sobresalgo, en nada deshonor, creo yo, la sangre que de ti he recibido.

CORIFEO.-Respira odio y vomita cólera; pero ¿tiene razón para entregarse así a su resentimiento?

CLITEMNESTRA.-(A Corifeo.) ¿Y por qué voy a tener miramientos con ésta, cuando a su edad, me dirige tales ultrajes? ¿No crees que se arrastra, sin vergüenza, a la mayor de las violencias?

ELECTRA.-Has de saber que me sonrojo de todo lo que hago, aunque tú no lo creas. Sé muy bien que mi conducta no es propia de mi edad ni de mi condición. Pero el odio que me inspiras, y la conducta que llevas, me obligan a proceder así. Tu maldad alimenta mi maldad.

CLITEMNESTRA.- ¡Bestia deslenguada! ¿Con que soy yo, son mis palabras y mis actos, los que te invitan a hablar tan imprudentemente?

ELECTRA.-Eres tú misma la que hablas por mi boca y no yo; son tus acciones y tus obras las que hacen brotar mis palabras.

CLITEMNESTRA.-Pues yo te juro, por Artemisa vengadora, que tu insolencia no ha de quedar impune en cuanto vuelva Egisto.

ELECTRA.- ¿Lo ves? Me habías permitido hablar con toda libertad; pero la cólera te domina y no puedes oírme.

CLITEMNESTRA.- ¿No puedes ahorrarme tus lamentaciones y dejar que vaya a sacrificar a los Dioses, ya que te he permitido decirlo todo?

ELECTRA.-Te dejo libre; sacrifica, no me echas la culpa a mí; no diré ni una palabra más.

CLITEMNESTRA.-“Escucha, Febo protector, mi súplica. Óyeme. Las visiones que tuve esta noche, si son presagios favorables, haz que se cumplan; pero si son funestas, vuévelas contra mis enemigos. Y si alguien proyecta despojarme de la opulencia en que vivo, no lo permitas; por el contrario, dame una vida siempre próspera y concédeme seguir siendo señora de este palacio y dueña del cetro de los Átridas, viviendo días felices con los amigos que hoy comparten mi vida y con aquellos de mis hijos que no tienen para mí ni desamor ni rencores.”

ESCENA SEXTA

PRECEPTOR.-(*Entra, disfrazado de mensajero.*) Extranjeros: ¿es este el palacio del rey Egisto?

CORIFEO.-Este es, en efecto.

PRECEPTOR.- ¿Tengo razón para suponer que esta que está aquí es su esposa? Su aspecto es el de una reina.

CORIFEO.-Efectivamente, ante ti está.

PRECEPTOR.-Salud, reina. Traigo una buena noticia para ti y para Egisto.

CLITEMNESTRA.-Acepto tu salud; pero ante todo desearía saber quién te envía.

PRECEPTOR.- Fanoteo de Fócida te anuncia un gran suceso.

ELECTRA.- ¿Cuál es, extranjero? Habla; viniendo de un amigo, no me anunciarás, así lo espero, odiosas noticias.

PRECEPTOR.- Orestes ha muerto.

ELECTRA.- ¡Oh, desgracia! ¡Todo ha acabado para mí hoy!

CLITEMNESTRA.-¿Qué dices, qué dices, extranjero? ¡No escuches a ésta!

PRECEPTOR.- Orestes ha muerto; te lo repito por segunda vez.

ELECTRA.- ¡Estoy perdida! ¡Todo se acabó para mí!

CLITEMNESTRA.- Cuídate de lo que te importe; pero a mí, extranjero, dime la verdad. ¿Cómo murió?

PRECEPTOR.- A eso he venido y te lo contaré todo. Fue en los Juegos Píticos, se celebraba el certamen de carros, y Orestes, con yeguas de Tesalia destacaba sobre sus competidores. Salió prudente el héroe, pero cuando afrontaba la última vuelta, se rompió el eje de su carro, cayó a tierra y los caballos lo arrastraron ante el unánime grito de la multitud. Tan maltrecho y cubierto de sangre estaba, que ninguno de sus amigos, al verlo, hubiera reconocido su desfigurado cuerpo ya cadáver. Se le quemó en seguida en la pira, y ahora el cuerpo de aquel tan grande héroe no es más que miserables cenizas que en una pequeña urna de bronce traen unos focenses, que tal comisión han recibido, para que le den sepultura en su patria. He aquí cómo ha sucedido todo: triste relato sin duda para el que lo oye, pero más doloroso para cuantos la desgracia presenciamos.

CORIFEO.- ¡Toda la generación de nuestros antiguos reyes queda, pues, aniquilada hasta la raíz!

CLITEMNESTRA.- ¡Oh, Zeus!, ¿qué decir? ¿Es una dicha, es una desgracia lo que me sucede? ¿Acaso una desgracia provechosa? Es triste para mí no salvar mi vida sino por mis propias desventuras.

PRECEPTOR.- ¿Por qué, mujer, te sientes tan abatida ante mi relato?

CLITEMNESTRA.- ¡Qué cosa más extraña ser madre! ¡Hasta cuando una es ultrajada no puede odiar a sus hijos!

PRECEPTOR.- Inútil decepción, a lo que parece, ha sido mi venida.

CLITEMNESTRA.-Ni decepción ni inútil; ¿cómo puedes decir esto si me traes pruebas ciertas de la muerte del que, nacido de mí, rechazó mi seno y mi regazo para vivir en el extranjero, en el destierro, y desde que salió de este país no me ha vuelto a ver, aunque ha seguido siempre acusándome de la muerte de su padre y amenazándome con terrible venganza? Me has liberado del temor que me inspiraban él y su hermana. Desde hoy, y en adelante libre de sus amenazas, veré transcurrir mis días tranquila.

ELECTRA.- ¡Ay, infeliz de mí! ¡Ahora sí que hay que lamentar tu infortunio, Orestes, ya que hasta muerto eres ultrajado por tu madre! Pero de todos modos, ¿no es mejor así?

CLITEMNESTRA.-Para ti, no; pero él está ya bien donde se encuentra.

ELECTRA.- ¡Oye Némesis, vengadora del que acaba de morir!

CLITEMNESTRA.-Oyó lo que tenía que oír, y lo ha cumplido.

ELECTRA.-Insulta, ya que por ahora la suerte te favorece.

CLITEMNESTRA.-Suerte que ni Orestes ni tú podríais echar por tierra.

ELECTRA.-Abatidos estamos para siempre; muy difícilmente podremos destruirte.

CLITEMNESTRA.-Tu llegada, extranjero, merecería todo género de recompensas si con ello se lograra atajar a ésta en sus clamores enfurecidos.

PRECEPTOR.- ¿Puedo retirarme? Ya has quedado enterada.

CLITEMNESTRA.-De ningún modo, has de ser tratado como corresponde a mi dignidad y merece el amigo que te envió. Entra en palacio; a ella déjala fuera, que siga pregonando sus desgracias y la de sus amigos. (Sale Clitemnestra con el Preceptor.)

ESCENA SÉPTIMA

ELECTRA.-¿Creéis, vosotras, que se va apenada y dolorida? ¿Habéis visto lo mucho que ha llorado y lamentado, la miserable, la triste muerte de su hijo? Al contrario, se ha marchado riendo. ¡Qué infortunada soy! Querido Orestes, ¡qué perdida me dejas con tu muerte! Te vas y me arrancas del corazón las únicas esperanzas que me quedaban: verte volver lleno de vida para vengar a tu padre, para vengarme a mí. Y ahora, ¿adónde puedo ir? Me encuentro sola, sin ti, sin mi padre. ¿Habré de continuar siendo esclava de los más odiados en el mundo, estos asesinos de mi padre? ¡Qué bonita existencia! No; de ahora en adelante no quiero seguir compartiendo su techo; aquí en la calle, abandonada, sola, sin amigos, dejaré que se consuma mi vida; y si a alguno de los del palacio le molesta verme así, que me mate: será un bien que me hará; pues no tengo ningún deseo de vivir.

CORO 1.- ¿Dónde están, pues, los dioses, si ven todo esto y permanecen tranquilos? (Electra llora.)

CORO 2.-Hija mía, ¿por qué lloras?

ELECTRA.- (Desesperada.) ¡Dioses!

CORO 3.-No grites tan fuerte.

ELECTRA.-¡Dioses, vais a matarme!

CORO 4.- Pero, ¿cómo?

ELECTRA.-Si queréis que tenga esperanzas en los que ya han descendido al Hades, no haréis otra cosa que aumentar más aún el dolor que me consume.

CORO 5.-Sé que un rey, Anfiarao, ha muerto, envuelto en las redes de oro de una mujer y ahora, bajo tierra, está reinando lleno de vida.

ELECTRA.- ¡Dioses!

CORO 6.-Gimes con razón...

CORO 7.- Pues aquella mujer perniciosa...

ELECTRA.-Halló la muerte.

CORO 8.- ¿Acaso deseas el mismo final?

ELECTRA.-Pero ella encontró quien vengara a su víctima; yo, en cambio, no tengo a nadie, pues el que todavía me quedaba me ha sido arrebatado y ya no existe.

TODO EL CORO.- ¡Desgraciada eres!

ELECTRA.-Lo sé; mejor que nadie lo sé a fuerza de padecer estos continuos y terribles sufrimientos.

CORO 2.-Bien sabemos por qué te lamentas.

ELECTRA.-Pues no trates de consolarme en mi duelo, ya que...

CORO 3.- ¿Qué quieres decir?

ELECTRA.-Que el apoyo en que sostenía mis esperanzas, mi noble hermano, ha desaparecido.

CORO 4.-Todos los mortales están destinados a morir.

ELECTRA.-Pero, ¿destinados a morir en carreras de caballos, enredándose en las riendas, como este infortunado?

CORO 5.-La catástrofe era imprevisible.

ELECTRA.-Nada más cierto. En tierra extraña, sin la ayuda de mis manos descansa y no fue sepultado ni llorado por mí.

ESCENA OCTAVA

CRISÓSTEMIS.- (*Entra corriendo y alborozada.*) Es tanta la alegría, querida hermana, que olvido los buenos modales, y llego corriendo: te traigo la felicidad y el fin de los males que te agobian y te hacen gemir.

ELECTRA.- ¿Dónde has encontrado alivio a mis males?

CRISÓSTEMIS.- Orestes está aquí; cree mis palabras; es tan cierto como que me estás viendo.

ELECTRA.- Pero, ¿es que te has vuelto loca, desgraciada? ¿Tomas a broma tus desgracias y las mías?

CRISÓSTEMIS.- ¡Pongo por testigo el hogar paterno! No lo digo para burlarme de tu dolor, te aseguro que él está aquí.

ELECTRA.- ¿Y quién te lo ha dicho para que lo creas con tanta seguridad?

CRISÓSTEMIS.- Nadie. He visto pruebas evidentes.

ELECTRA.- ¿Qué pruebas has visto, desgraciada? ¿Qué has podido ver para que haya prendido en ti esa insensata alegría?

CRISÓSTEMIS.- Por los dioses, escúchame, y decide si estoy en mi sano juicio o estoy loca.

ELECTRA.- Habla.

CRISÓSTEMIS.- Te diré todo lo que he visto. Cuando llegué a la antigua sepultura de nuestro padre, divisé regueros de leche recientemente vertida sobre la tumba, y ésta adornada con toda clase de flores. Sorprendida, miré en torno mío, por ver si alguien se acercaba. Todo el lugar estaba tranquilo, me aproximé a la tumba; encima encontré un mechón de cabellos recién cortados. Al verlo, infeliz de mí, se presentó a mi mente una imagen siempre familiar; el rostro inolvidable del ser a quien más amo en el mundo, Orestes; aquello era una prueba de su llegada. Cogí esas ofrendas en mis manos y la alegría inundó de lágrimas mis ojos. Me convencí de que esa ofrenda no podía ser de otro más que de él. ¿Quién, sino tú o yo, podría haberla hecho? ¿Cómo podrías haberlo hecho tú, si no tienes derecho a salir de palacio? No es tampoco a mi madre a quien pudiera habersele ocurrido semejante pensamiento, ni sería capaz ella de ocultarlo si lo hiciera. De modo que esas ofrendas eran de Orestes. Vamos, querida hermana, ten valor. No siempre vivimos sometidos a la influencia de la misma divinidad. Ésa, antes nos ha sido hostil; pero a partir de hoy, seguramente se nos va a mostrar favorable.

ELECTRA.- ¡Hace tiempo que siento compasión por tus desvaríos!

CRISÓSTEMIS.- ¿No te alegras de lo que te he contado?

ELECTRA.- Ni sabes lo que pasa, ni sabes lo que dices.

CRISÓSTEMIS.- ¿Cómo no voy a saber lo que he visto claramente?

ELECTRA.- Él ha muerto; las esperanzas que teníamos se han esfumado; no volverás a ver jamás a Orestes.

CRISÓSTEMIS.- ¡Qué desgraciada soy! ¿Por quién lo has sabido?

ELECTRA.- Por uno que estaba presente cuando pereció.

CRISÓSTEMIS.- ¿Dónde está ese hombre?

ELECTRA.- En palacio; su llegada ha alegrado a nuestra madre en vez de entristecerla.

CRISÓSTEMIS.- ¡Infeliz de mí! Pero, entonces, ¿de quién pueden ser esas numerosas ofrendas en la tumba de nuestro padre?

ELECTRA.- Se me ocurre pensar que será alguien quien las llevó allí después de la muerte de Orestes, en su honor.

CRISÓSTEMIS.- ¡Oh, cúmulo de desgracias! Tan alegre como venía yo con esas noticias, ignorante de la terrible fatalidad en la que estamos sumidas, y he aquí que a mi llegada me encuentro nuevas miserias.

ELECTRA.- Así es; pero si me escuchas, vamos a encontrar alivio a los males que actualmente pesan sobre nosotras.

CRISÓSTEMIS.- ¿Es que voy a poder resucitar a los muertos?

ELECTRA.- No es lo que quiero decir; no estoy tan loca.

CRISÓSTEMIS.- ¿Qué me mandas que yo sea capaz de hacer?

ELECTRA.- Que te atrevas a hacer lo que te voy a proponer.

CRISÓSTEMIS.- Si ello es útil, no me negaré.

ELECTRA.- Piénsalo bien; nada se consigue sin trabajos.

CRISÓSTEMIS.- Lo sé, y te ayudaré en la medida de mis fuerzas.

ELECTRA.- Escucha pues, lo que estoy decidida a hacer. Sabes que no contamos con amigos, que Hades nos los quitó y hemos quedado completamente solas. Yo, mientras oía decir que mi hermano vivía, tenía la esperanza de que vendría un día en persona a vengar la muerte de nuestro padre. Ahora que ya no existe, pienso en ti para que con mi ayuda, no vaciles en matar a Egisto. No nos queda nada más que ir envejeciendo, llorando siempre, como lo hemos venido haciendo hasta ahora. Y no esperes casarte algún día. Egisto no es hombre estúpido para permitir que nazca nadie de tu sangre o de la mía. Si por el contrario, sigues mis consejos, ante todo tendrás el piadoso agradecimiento que desde allí abajo te demostrarán nuestros difuntos padre y hermano; en segundo lugar, volverás a ser libre para siempre, como el día que naciste, y celebrarás nupcias dignas de ti; porque todo el mundo admira las cosas honestas. Vamos, querida hermana, obedece, acude en socorro de tu padre: presta ayuda a tu hermana; pon término a mis desgracias y a las tuyas, convencida de que es un oprobio para gentes bien nacidas llevar una vida vergonzante.

CORIFEEO.- En estas circunstancias, tanto para la que habla, como para la que escucha, la prudencia es una aliada.

CRISÓSTEMIS.- En efecto, y si ésta no tuviese la mente extraviada, antes de hablar hubiera sido más prudente. ¿En qué piensas cuando quieres obrar con tanta audacia y me pides que te ayude? ¿No lo ves? Has nacido mujer y no hombre; tu brazo tiene menos fuerza que el de tus enemigos. La suerte continúa siéndoles favorable día a día; de nosotras, por el contrario se va apartando y ha quedado reducida a la nada. ¿Quién que se atreviese a matar a Egisto saldría del trance impune? Ten cuidado, no sea que a nuestra vida tan llena ya de miserias se sumen otras nuevas si alguien te oyese lo que acabas de decir. Lo más amargo no es morir, sino desear la muerte y no poder conseguirla. Te lo suplico, reprime tu cólera; antes de exterminar nuestra raza, modera tu resentimiento. Tus palabras las guardaré dentro de mí como si no las hubieses ni pronunciado ni imaginado; pero tú vuelve por fin a la razón y cede ante los que mandan.

CORIFEEO.- Obedécela: la previsión y el espíritu prudente son para los seres humanos, bienes muy provechosos.

ELECTRA.-No has dicho nada que no esperase de ti. Sabía que rechazarías mis planes. Seré yo sola la que ejecute ese acto, porque te aseguro que no quedará sin realizar.

CRISÓSTEMIS.-¡Ruego a los dioses que cuando sucumbió nuestro padre hubieras tenido estos mismos sentimientos; porque entonces habrías podido cumplirlos todos!

ELECTRA.-Los tenía en el fondo de mi ser, pero mi espíritu carecía de fuerza.

CRISÓSTEMIS.-Procura que continúe así durante toda tu vida.

ELECTRA.- Como está visto que no piensas ayudarme, me das consejos.

CRISÓSTEMIS.-A mal comienzo, mal fin.

ELECTRA.-Te envidio por tu sensatez y te odio por tu cobardía. Vete; en ti no encuentro ninguna ayuda.

CRISÓSTEMIS.-La encuentras; lo que pasa es que no quieres oírme.

ELECTRA.-Vete y cuéntaselo todo a tu madre.

CRISÓSTEMIS.-No te odio hasta ese punto.

ELECTRA.-Mira a qué grado de deshonra me quieres llevar.

CRISÓSTEMIS.-De deshonra no, de prudencia.

ELECTRA.-¿Es que tengo yo que aprobar lo que a ti te parece justo?

CRISÓSTEMIS.-Cuando seas prudente, por ti nos guiaremos las dos.

ELECTRA.- ¿De modo que lo que yo te propongo no es justo?

CRISÓSTEMIS.-Hay casos en los que la justicia es nefasta.

ELECTRA.-Me niego a vivir al amparo de estas leyes.

CRISÓSTEMIS.-¿No cambiarás de parecer?

ELECTRA.-Nada me es más odioso que un mal consejo.

CRISÓSTEMIS.-Me voy. Ni tú podrías aplaudir mis palabras ni yo tu conducta.

ELECTRA.-Pues bien, vete. Nunca me dejaré guiar por ti, por más que lo desees. El colmo de la demencia es perseguir un imposible.

CRISÓSTEMIS.-Si crees que tienes razón, sigue con tus ideas; cuando te veas en la desgracia, ya me la darás. (Sale Crisóstemis.)

ESCENA NOVENA

CORO 1. - ¿Por qué vemos en los aires a los pájaros preocuparse del alimento de quienes han nacido y crían, y nosotros no obramos del mismo modo?

CORO 2.-Por el rayo de Zeus y por la celeste Temis, los ingratos no tardarán mucho en ser castigados.

CORO 3.-¡Oh Fama pregonera, que llegas bajo tierra en donde están los muertos, haz que retumbe ante los Atridas en el Hades una voz gemebunda, y anúnciales lamentables querellas!

CORO 4.-Diles que en su hogar, hoy, la vida doméstica amenaza ruina, que entre sus hijas ha surgido un desacuerdo que no permite la amistosa convivencia.

CORO 5.-Que traicionada, abandonada y sola, Electra, sacudida por la tempestad, está a punto de zozobrar.

CORO 6.-Gime sin cesar la desgraciada por la muerte de su padre.

CORO 7.- Como un quejumbroso ruiseñor, sin que el morir le preocupe, dispuesta a no ver más luz con tal de tomar doble venganza.

TODO EL CORO.- ¿Quién puede ofrecer tal nobleza del alma?

CORO 8.-Ningún ser noble, aunque viva en la desgracia, consiente en manchar su gloria, en perder toda su fama.

CORO 1.-Por eso tú, hija mía, has preferido una vida llena de lágrimas y te has armado contra el crimen, a fin de obtener este doble elogio.

TODO EL CORO.-Ser proclamada hija prudente y valerosa.

CORO 2.-Ojalá puedas en tu vida dominar de tal modo a tus enemigos por el poder y la riqueza, como sometida estás hoy a su fuerza.

CORO 3.-Veo que no gozas de un destino feliz, a pesar de que sigues las más altas leyes de la Naturaleza y observas las más santas por tu piedad hacia Zeus.

ESCENA DÉCIMA

ORESTES.- (Desde el fondo entra sólo llevando la urna funeraria.) Mujeres, ¿me han informado bien y voy a donde quiero ir?

CORIFEO.- ¿Qué quieres saber y qué designio te trae?

ORESTES.-Busco a Egisto. ¿Cuál es su palacio?

CORIFEO.-Pues has llegado justamente, te han conducido bien.

ORESTES.- ¿Quién de vosotras anunciará a la gente de palacio que aquel a quien esperan está aquí?

CORIFEO.- (Señalando a Electra.) Ésta lo dirá: tiene que ser el pariente más próximo quien lo anuncie.

ORESTES.- Ve, mujer; entra y di que pregunto por Egisto.

ELECTRA.-¡Infeliz de mí! ¿Traéis acaso una prueba evidente de la noticia que me han dado hace poco?

ORESTES.-No sé a qué te refieres; pero un anciano, Estrofo, me ha dado un encargo referente a Orestes.

ELECTRA.- ¿De qué se trata, extranjero? ¡El temor se apodera de mí!

ORESTES.-Traigo sus cenizas en esta urna.

ELECTRA.- ¡Qué infortunada soy! ¡Era cierto! ¡Ante mis ojos está la prueba de mi desgracia! ¡Ya no puedo dudar! ¡Dámela, extranjero, en nombre de los dioses!, si contiene sus restos, dámela, que la tenga entre mis manos, para que lllore sobre estas cenizas y lamente mi infortunio y el de toda mi raza.

ORESTES.-(al coro 8) Dádsela; no es una enemiga quien hace este ruego; es alguien que estaba unida con él por la amistad o por la sangre.

ELECTRA.- ¡Oh restos del que he amado tanto! ¡Último recuerdo de mi querido Orestes! ¡Cómo se han visto truncadas mis esperanzas y cuán diferente es lo que recibo del ser que yo hice salir de aquí! Lo que en mis manos tengo hoy, no es ya nada, y cuando te alejé del palacio, estabas rebosante de salud. ¡Ojalá hubieses muerto entonces; al menos habrías reposado junto a tu padre! Y ahora, lejos del hogar, desterrado en otro país, has muerto miserablemente, lejos de tu hermana; y mis manos, no han lavado ni adornado tu cuerpo ni recogido como debía, extinguida la llama devoradora, estos fúnebres restos; por el contrario, manos extrañas, son las que te han rendido este deber, y no retornas sino convertido en polvo, encerrado en esta urna. Mi padre ya no existe; yo, muerta quedo contigo; nuestros enemigos se ríen insolentemente; mi madre, si tal nombre merece, estará loca de alegría. Recíbeme en la urna que descansas, junta una muerta a un muerto, para que contigo, bajo tierra, habite para siempre. Cuando estabas vivo, contigo compartía tu suerte; ahora, muerto, quiero compartir tu tumba; sólo los muertos, según veo, no sufren.

CORIFEO.-Tú naciste de un padre mortal, Electra, piénsalo; mortal era también Orestes. Por tanto modera tu llanto; todos debemos padecer ese destino.

ORESTES.-(A sí mismo.) ¿Qué hago? Estoy turbado; no sé cómo empezar y no puedo ya contener mi lengua.

ELECTRA.- (*Comienza la anagnórisis*) ¿Qué pena tienes? ¿Por qué hablas así?

ORESTES.- ¿No es a la ilustre Electra a quien tengo ante mis ojos?

ELECTRA.- ¿Por qué me miras así?

ORESTES.- ¡Qué vida has tenido, sin esposo, sin felicidad!

ELECTRA.-¿Me compadesces? No ves más que una pequeña parte de mis desventuras. Comparto mi vida con los asesinos de mi padre que me tienen esclavizada.

ORESTES.-¿Qué ser humano te esclaviza?

ELECTRA.-La llaman mi madre. Me maltrata de palabra, con toda clase de miserias, hasta hacerme pasar hambre.

ORESTES.- ¿Y no tienes a nadie que te ayude, nadie que te defienda?

ELECTRA.-El único que podía defenderme me lo traes convertido en cenizas.

ORESTES.- ¡Qué compasión me inspiras! ¡Me apena tu desgracia!

ELECTRA.-Sin embargo, extranjero, no eres un ser de nuestra familia.

ORESTES.-Te contestaría si éstas fuesen amigas.

ELECTRA.-Lo son, puedes hablar, son mujeres fieles.

ORESTES.-Vas a saberlo todo. Has llorado sin razón. Esta urna no significa nada para ti. Todo ha sido una historia ficticia.

ELECTRA.-Entonces, ¿dónde está la tumba de ese desgraciado?

ORESTES.-No hay tal tumba; quien vive, no la necesita.

ELECTRA.- ¿Vive mi hermano?

ORESTES.-Sí, aún respiro. Mira esta señal (collar) de mi padre.

ELECTRA.-¡Oh, día venturoso! (Le abraza.) Te tengo en mis brazos.

ORESTES.-Y me tendrás siempre.

ELECTRA.-(Al Coro.) ¡Queridísimas amigas, ciudadanas! Ved a Orestes ante vosotras; astutamente muerto e ingeniosamente sano y salvo.

CORIFEO.-Lo vemos, hija mía, aunque nuestros ojos se inundan de lágrimas.

ELECTRA.-¡Hermano mío! ¡Por fin has vuelto!

ORESTES.-Sí, heme aquí, pero guarda silencio, espera.

ELECTRA. ¿Qué hay?

ORESTES.- Mejor es callar, no sea que alguien desde dentro nos oiga. Ares se alberga también en las mujeres; tú lo sabes por experiencia propia.

ELECTRA.-¿Qué hay que hacer?

ORESTES.-No hablar más de la cuenta. Siento cohibir tu alegría; pero temo que te dejes llevar demasiado por el gozo.

ELECTRA.-No me prives de la alegría que me da contemplar tu rostro, obligándome a separarme de ti.

ORESTES.-De ninguna manera, y me dolería mucho que otros lo intentasen.

ELECTRA.-Hermano querido: me enteré de la noticia de tu muerte; un dolor violento se apoderó de mí y lloré amargamente. Pero ahora ya te tengo. Te me has aparecido con tu rostro muy amado.

ORESTES.-Déjate ahora de palabras superfluas, y no me digas que mi madre es criminal ni que Egisto dilapida las riquezas de mi padre. Lo que vas a decirme es lo que nos conviene en la situación actual: dime ¿dónde debo esconderme o dónde debo presentarme para que mi llegada ponga término a nuestros enemigos? Ten además cuidado, si entramos los dos a un tiempo en el palacio, que nuestra madre, al ver la alegría de tu semblante, no adivine tus sentimientos; por el contrario, sigue lamentándote como siempre, y como si mi muerte fuera real. Cuando hayamos logrado nuestros fines, entonces podremos regocijarnos y reír libremente.

ELECTRA.-Hermano mío, lo que tú quieres lo quiero yo; pues la alegría que siento, de ti la he recibido y no me pertenece. Lo que pasa aquí ya lo sabes. Egisto está ausente y mi madre se encuentra en el palacio. No tengas miedo de que ni siquiera vislumbre en mi rostro asomo de alegría. Tan hondo se ha infiltrado en mí el odio, que ni siquiera ahora que te he visto puedo cesar de llorar... de alegría... ¿Cómo voy a poder contener mis lágrimas, si en un mismo día te he visto muerto y vivo? Eres

para mí motivo de sucesos tan increíbles que si nuestro padre volviese a la vida, no lo consideraría imposible. Así pues, conduce este asunto como te plazca.

ORESTES.- ¡Calla!, oigo que alguien sale de palacio. (Entra el preceptor)

ESCENA UNDÉCIMA

PRECEPTOR.-¿Estás loco o es que la vida no cuenta para ti? ¿Has perdido el juicio para olvidarte de que estás al borde del peligro? Si no hubiera estado yo vigilando en esta puerta del palacio, todos vuestros proyectos habrían terminado. Pero ya he tomado mis precauciones. Basta de conversación. Entra en el palacio, ha llegado el momento de obrar con prontitud.

ORESTES.- ¿Cómo están las cosas ahí dentro?

PRECEPTOR.- Todo irá bien; no hay nadie que te reconozca.

ORESTES.- Tú has dicho que yo había muerto, ¿no es así?

PRECEPTOR.- Para los del palacio, tú eres un habitante del Hades.

ORESTES.- ¿Estarán contentos, verdad? ¿Qué dicen?

PRECEPTOR.- Cuando todo haya terminado, te lo contaré.

ORESTES.- Entonces, vamos.

ELECTRA.- ¿Quién es éste, hermano mío?

ORESTES.- ¿No lo reconoces?

ELECTRA.- No.

ORESTES.- Es el hombre que con sus cuidados, y gracias a tu previsión, me hizo llegar secretamente a la Fócida.

ELECTRA.- El único hombre fiel que hallé cuando asesinaron a nuestro padre.

ORESTES.- Sí, el mismo. Y ahora no hagas más preguntas.

ELECTRA. ¡Salvador de la Casa de Agamenón! ¿Cómo has llegado aquí? ¿Eres tú el que nos has salvado del naufragio? ¡Qué ayuda tan preciosa nos has prestado! Salud, padre, pues es un padre quien tengo ante mis ojos. Salud.

PRECEPTOR.- Bueno, ya hemos hablado bastante. Para contarte todo lo ocurrido durante tanto tiempo, habrá muchos días y numerosas noches. (A Orestes.) A ti te digo: ahora es el momento de actuar. Según sabemos, Clitemnestra está sola; de momento no hay ni un hombre en palacio. Si lo retrasas, piensa que tendrás que enfrentarte contra otros más diestros que ellos.

ORESTES.- Los hechos que han de empezar no necesitan discursos. Entremos cuanto antes. (Orestes y el preceptor entran en palacio.)

ELECTRA.- ¡Febo, escúchales! ¡Óyeme a mí también, que tantas veces con piadosas manos y con lo poco que poseía te he suplicado! ¡Te imploro que nos asistas en la realización de nuestros proyectos y muestres a los hombres qué castigos reservan los dioses a la impiedad! (Entra en palacio.)

ESCENA DUODÉCIMA

CORO 4.- Mirad como avanza el furibundo Ares, respirando inevitable muerte. Ya entran y se deslizan en el palacio, persiguiendo los odiosos crímenes, las Erinias, esos sabuesos, de quienes nadie escapa.

CORO 5.- Y así no tardarán mucho tiempo en cumplirse las visiones que tienen en suspenso el sueño de mi alma.

CORO 6.- Con pasos furtivos el vengador de los muertos se introduce en el techo paterno, morada de las riquezas ancestrales.

CORO 7.- En las manos lleva la espada recién afilada.

CORO 8.- Y el hijo de Maya, Hermes, en la sombra, lo guía recto al blanco.

ESCENA DECIMOTERCERA

ELECTRA.- (Sale del palacio.) Queridas mujeres, dentro de un momento los hombres cumplirán su objetivo. Esperad en silencio.

CORIFEO.- ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA.- Ella está adornando la urna funeraria, para la sepultura; ellos dos están apostados cerca.

CORIFEO.- ¿Pero tú, por qué has salido?

ELECTRA.- Para vigilar, no sea que Egisto entre en palacio.

CLITEMNESTRA.- (Desde dentro.) ¡Socorro! ¡Este palacio está lleno de asesinos!

ELECTRA.- Gritan en palacio. ¿No oís, amigas mías?

CORIFEO.- (Entrecortando las palabras.) Sí, ha sido, desgraciada, lo que jamás hubiera querido oír; me estremezco.

CLITEMNESTRA.- (Desde dentro.) Egisto, ¿dónde estás?

ELECTRA.- Escuchad.

CLITEMNESTRA.- (Desde dentro.) ¡Oh, hijo mío, ten piedad de tu madre!

ELECTRA.- Tú no tuviste piedad ni de él ni de su padre.

CORIFEO.- ¡Oh estirpe infortunada! ¡Hoy el destino consume tu ruina!

CLITEMNESTRA.- (Desde dentro.) ¡Ay! ¡Me han herido!

ELECTRA.- Hiérela, si puedes, por segunda vez. ¡Ah! ¡Si Egisto pudiese compartir su suerte!

ESCENA DECIMOCUARTA

TODO EL CORO.- Se cumplen las maldiciones: ¡reviven los que están bajo tierra! Los muertos que desde hace tiempo han sucumbido, hacen correr la sangre de sus asesinos. ¡La sangre llama a la sangre! ¡La sangre llama a la sangre! ¡La sangre llama a la sangre!

CORIFEO.- (Sale del palacio Orestes) Aquí llega.

ELECTRA.-Orestes, ¿cómo ha ido eso? ¿Ha muerto la miserable?

ORESTES.-No temas que la arrogancia de tu madre te injurie ya jamás.

CORIFEO.-Callad. Estoy viendo a Egisto. Desde el camino se dirige satisfecho hacia aquí. Entrad en palacio y finalizad lo que habéis comenzado.

ORESTES.-Ten confianza. Lo acabaré.

ELECTRA.- Sé rápido.

ORESTES.-Entro.

ELECTRA.-Yo me encargaré de todo lo de aquí. (Sale Orestes)

CORIFEO.-Sería menester deslizar algunas dulces palabras al oído de este hombre, como si fuésemos sus amigos, para que se lance imprudentemente en la trampa que Díké le ha preparado.

EGISTO.- (Entrando al Ágora.) ¿Quién de vosotras sabe dónde están esos huéspedes de Fócida que nos han anunciado, y según dicen nos traen la noticia de que Orestes perdió la vida en una carrera de caballos? (A Electra.) Es a ti, a ti, a quien pregunto, naturalmente; a ti, que hasta ahora te has mostrado tan insolente. Tú, estarás mejor enterada que nadie y podrás responderme.

ELECTRA.-Conozco la noticia; de otro modo ignoraría lo que por encima de todo interesa a mi corazón.

EGISTO.- ¿Dónde están esos extranjeros? Dímelo.

ELECTRA.-En palacio: donde se les ha ofrecido amistosa hospitalidad.

EGISTO.- ¿Y han anunciado, como cosa cierta, la muerte de Orestes?

ELECTRA.-No solamente lo han dicho, sino que han traído pruebas.

EGISTO.- ¿Y podemos ver esas pruebas?

ELECTRA.-Podrás verlas.

EGISTO.- Tus palabras, contra tu costumbre, me dan noticias alegres.

ELECTRA.-Alégrate, si eso te da motivo para sentirte dichoso.

EGISTO.- ¡Silencio! ¡Te lo ordeno! Quiero que lo vean todos. Si alguno de vosotros abrigase todavía la vana esperanza del retorno de Orestes, a la vista de su cadáver, que se someta para siempre al freno de mi voluntad sin esperar el castigo que le obligue a obedecer.

ELECTRA.-Mi tarea está cumplida: el tiempo me ha vuelto prudente; me paso al bando del más fuerte. (*Al Coro*) Que traigan el cadáver de mi hermano. (Orestes lleva en brazos el cadáver de su madre, envuelto en una tela)

EGISTO.- ¡Oh Zeus! Lo que veo aquí no se ha realizado sin que los dioses lo hayan querido; pero si mi palabra excita su cólera, la retiro. (A Orestes) Que descorran ese velo que esconde a mis ojos al difunto, para que lo llore también, que al fin ese ser era de mi familia.

ORESTES.-(*Al coro*) Haced lo que pide Egisto ya que es a él a quien corresponde ver esos restos y dirigirles palabras de afecto.

EGISTO.-Acertado es tu consejo y lo seguiré, extranjero. (*A Electra.*) Si Clitemnestra está en el palacio, llámala.

ORESTES.-La tienes ahí, ¿no la reconoces?

(Alguien del coro levanta la tela. Egisto ve a Clitemnestra muerta)

EGISTO.- ¿Qué veo?

ORESTES.- ¿Te da miedo? ¿No la reconoces?

EGISTO.- He caído en una trampa. (Reconoce a Orestes) Estoy hablando con Orestes. Estoy perdido; ya no existo. Sin embargo, déjame decirte una palabra.

ELECTRA.-No le dejes hablar, en nombre de los dioses, hermano mío. ¿Qué beneficio puede esperar de una breve espera un hombre que va a morir? Mátaalo pronto y manda su cadáver lejos de nuestros ojos a los que se encargarán de sepultarlo como se merece. Sólo así encontraré el consuelo a mis sufrimientos.

ORESTES.-(A Egisto.) Entra, date prisa: no se trata ahora de hablar, sino de morir.

EGISTO.- ¿Por qué me conduces al palacio? Si tu obra es justa, ¿por qué tienes que esconderla? ¿Por qué no me matas aquí?

ORESTES.-Ya no mandas, Egisto. Iremos al sitio donde mataste a mi padre, para matarte en el mismo lugar.

EGISTO.- ¿Es necesario que este palacio presencie todas las desgracias de los Pelópidas?

ORESTES.- La tuya, seguro, te lo juro. ¡Vamos anda!

EGISTO.- ¡Guíame!

ORESTES.- ¡Has de ir tú delante!

EGISTO.- ¿Temes que me escape?

ORESTES.-No quiero que mueras como pretendes, te tengo reservada esta última amargura. Quiero que mueras obedeciendo en el último momento. Este castigo debería ser el de todos aquellos que quieren ser más poderosos que las leyes: la muerte. De esta manera los criminales no serían tan numerosos. ¡Vamos, camina!

EGISTO.- Deja que ella me acompañe en el lecho de muerte. (Salen todos en hilera siguiendo a Egisto, menos el Corifeo.)

CORIFEO.-¡Raza de Atreo! ¡Cuánto has sufrido antes de recobrar por fin con este último esfuerzo tu libertad!

FIN